Carlos Egia
La leyenda del desierto
txertoa

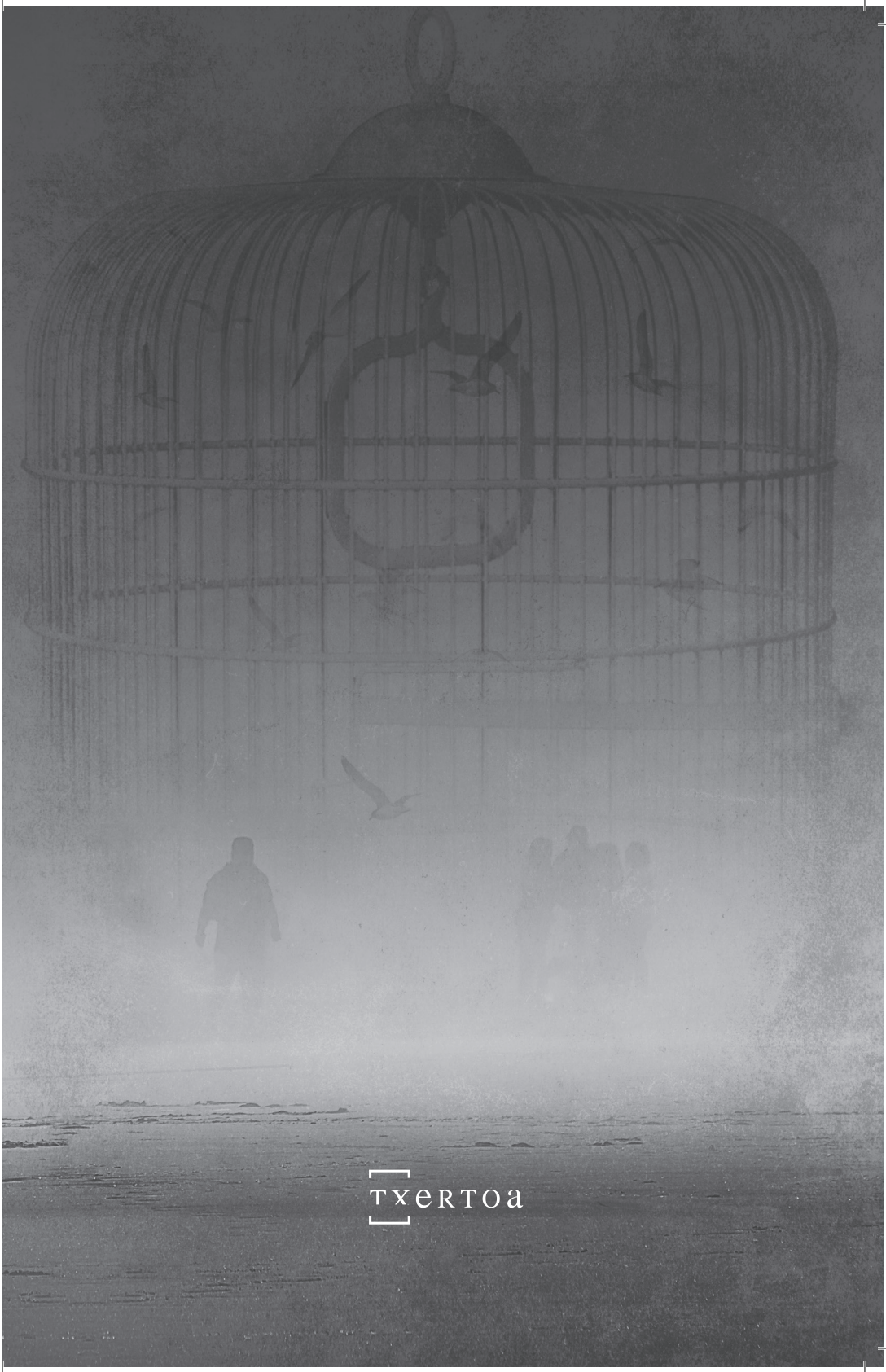
Portada: **Unai Arana**
Diseño de colección: Unai Arana
Fotografía del autor: **Soiartze Unibaso Mardaras**

© Carlos Egia Ossorio
© Elkar Argitaletxeak S.L. (Txertoa), 2019
I.S.B.N.: 978-84-7148-623-3
D.L.: SS 86-2019

Txertoa
Portuetxe, 88 bis, 20018 - Donostia
Tel. 943 310 267 - txertoa@txertoa.eus
www.txertoa.eus

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Impreso en Leitzaran Grafikak, S.L., Gudarien etorbidea, 8, Andoain


TXERTOA

narrativa

Carlos Egia

La leyenda del desierto

Algunos de los personajes y lugares descritos en estas páginas existen o han existido, pero el autor los ha manipulado a su antojo para contar una historia. Es por esa razón que cualquier parecido con la realidad siempre será algo más que una simple coincidencia.

LIBRO I

PÁJAROS DE PAPEL

1

Álex encontró el edificio sin ninguna dificultad. Era el primero de una serie de bloques que se sucedían a lo largo de la línea que marcaban las vías del tren. Cuando él era niño, allí no había más que un par de casas, una al lado de la otra. Su padre había nacido en una de ellas, la más grande, que tenía por nombre Olabarrieta. Así lo decía en su fachada. Detrás, huertas e higueras desperdigadas entre las que poder jugar. Solo un poco más arriba se levantaba una barriada que aún permanecía en pie, una isla remota a la que se llegaba a través de un despiadado paso a nivel en cuesta. Las vías siempre son frontera. Lo mismo sucede con algunas personas.

La memoria se olvida pronto de los lugares. Es más sencillo recordar una frase que un banco en la esquina de un pequeño parque que mira hacia el mar. Todavía es más sencillo probar con una risa o una caricia. Hasta los olores permanecen con más facilidad, escondidos entre las arrugas del tiempo. Es porque los lugares siempre están cambiando. Cambian tanto y en tan poco tiempo que parece cosa de magia. Se hacen pequeños y extraños, casi desconocidos. Desde donde

Álex se encontraba partía el camino de la playa, pero eso lo recordaba muy bien. También que seguía por encima del mar hasta el cementerio. Era curioso que antes nadie quisiera vivir en aquel rincón, cercado por el ir y venir de los trenes. Ya no era lo mismo, seguramente porque lo importante siempre se encuentra en el mismo lugar.

Aparcó junto a la acera, delante justo del que debía ser su portal. El número veinte. Lo comprobó de nuevo en un papel que traía hecho una bola en el bolsillo del pantalón. Todas las plazas pintadas de blanco sobre el asfalto se encontraban libres. No quedaba allí un solo vehículo. Todo para su viejo Land Rover, el perro fiel que había esperado su regreso pacientemente escondido en una lonja húmeda y fría. Álex sacó una enorme bolsa de deporte de la parte de atrás y cerró la puerta de golpe. El ruido resonó por toda la calle vacía. Las llaves del piso se las habían dejado –y en eso confiaba– en un bar que se encontraba situado en los soportales de su mismo edificio, en la esquina que daba al puente que cruzaba sobre la autovía. Era uno de esos locales que surgen en las urbanizaciones tan fácilmente como las setas en otoño. Madera y aluminio. Apático y vulgar; repleto de mesas y sillas, tanto dentro como esparcidas por el espacio del que se podía adueñar en la calle. Álex se dirigió hacia allí convencido de que conocería al dueño. Seguro. Era esa una de sus extrañas ideas. La ilógica naturaleza del orden de las cosas. Nada más cruzar la puerta se dio cuenta de que estaba completamente equivocado. En su vida había visto a aquel tipo. El bar estaba completamente vacío. El hombre, vestido con pantalón y camisa negra a modo de inexplicable uniforme, se entretenía cambiando a toda velocidad los canales de un enorme televisor colgado justo encima de su cabeza. No era el único. En la pared del fondo tenía otra pantalla, aún

mayor pero igualmente desproporcionada, haciendo las veces de altar ante media docena de mesas que se servían de un par de sillas cada una. Ni siquiera había espacio razonable para pasar entre ellas. Era un cine de barrio, una catequesis, un club de tiempo libre o una oficina de empleo. Cualquier cosa menos un bar.

A Álex no le gustaban los televisores, y menos detrás de una barra. Tampoco le gustó mucho el camarero, el tipo al que no había visto antes en su vida, pese a que, antes de entrar, hubiera apostado una mano a que sí. Cosas de Álex. El hombre no debía de ser, de todas formas, un simple empleado. Algo en su actitud le decía a Álex que el negocio era suyo o, quizá también, de algún socio ausente. Probablemente, siempre ausente. A lo mejor era la desidia de la que alardeaba; el hecho de que, a falta de cosas mejores que hacer, siguiera entretenido con el mando en lugar de atender a la única persona que en esos momentos tenía al otro lado de la barra.

–Hola –dijo Álex por encima del barullo entrecortado que despedía el televisor–. Creo que han dejado unas llaves para mí.

–¿Cuándo ha sido eso? –respondió el camarero sin darse la vuelta.

–No tengo ni idea. Solo me han dicho que las han dejado aquí.

El hombre por fin encontró un canal a su gusto o, al menos, decidió pararse en uno al azar y dejó de darle de forma enfermiza al botón. Después bajó completamente el volumen y se volvió hacia Álex. Debía ser algo más joven que él, pero había un gesto en su cara, a medio camino entre cansado y malhumorado, que le echaba encima por lo menos diez años más. Álex conocía bien esa expresión y sabía que nada tenía

que ver con el trabajo. Era, sobre todo, cosa de un oficio mal elegido, de una decisión poco acertada.

–Esto, a veces, más que un bar parece una consigna –dijo el tipo–. Como una oficina de correos o, mejor dicho, de objetos perdidos. Hasta libros de texto de los putos críos tengo por aquí guardados.

–Entiendo.

El camarero hizo una extraña mueca arrugando la nariz y se dio media vuelta para comenzar a abrir y cerrar cajones con bastante más estruendo del que era necesario. Álex podía ver, desde donde se encontraba sentado, un inmaculado sobre blanco apoyado contra una bandeja de las que se usan para servir las mesas. Estaba encima de la misma cómoda que el camarero agitaba violentamente con sus continuas sacudidas. Podía incluso leer, o lo intuía al menos, su propio nombre escrito con letras mayúsculas exactamente en la mitad del sobre. Las botellas, vasos y copas colocadas sobre aquel mueble bailaban peligrosamente al son de cada nuevo golpe que recibían. Solo el sobre, serenamente apoyado contra la bandeja que reflejaba el rostro desencajado del camarero, era capaz de aguantar todas las embestidas.

–¿Eres tú Álex?

–El mismo.

–Entonces, esto debe ser lo tuyo.

Álex se hizo con el sobre que le entregaba el tipo y comprobó que dentro había un par de llaves. Sus llaves.

–Efectivamente –dijo–. Gracias.

Se estaba levantando ya del taburete cuando se dio cuenta de que el camarero seguía en el mismo sitio, apoyando las dos manos sobre la barra y mirándolo muy fijamente. Parecía una rara estatua de sal que no se había afeitado al menos en los seis últimos días.

–¿Vas a tomar algo?

–Claro –Álex dobló el sobre, se lo metió en el bolsillo de atrás y volvió a sentarse–. Un cortado, por favor. Solo una gota de leche.

Los bares solo son bares cuando en ellos suena la música. Así debía ser en el mundo de Álex. Todo lo demás era poco menos que un fraude. Una barra, no demasiada luz y música. Mucha música. Eso era lo único necesario. Todo lo demás sobraba. Sobre todo, los televisores. Pero de ese tipo de bares ya prácticamente no quedaban. Más desechos del pasado. Como dejar el coche abierto en la calle. A lo mejor la música también se había convertido en una reliquia sin ningún sentido. El camarero trajo la taza. Era de cristal, con un asa metálica. Álex cerró los ojos casi instintivamente. El café en aquel lugar era lamentable. Era suficiente con olerlo desde lejos para darse cuenta. O simplemente con mirarlo. Álex vació en la taza todo el contenido del sobre de azúcar y, además, también el de otro que cogió de unos platillos que había preparados justo a su lado. El hombre le miró, pero no dijo nada. Hubiera sido mucho más sensato pedir algo simplemente para salir del paso, como una botella de agua, pero tenía el estómago tan vacío que la sola idea le helaba el espíritu. Además, ¿quién, en su sano juicio, pide una botella de agua para bebérsela a solas delante de un camarero quisquilloso?

Álex pagó, recogió su bolsa del suelo y salió del local. Antes de llegar al que debía ser su portal empezó a sentir de nuevo, a su espalda, el estruendo de los dos televisores retándose dentro del bar. Sus voces histéricas escapaban de allí como podían y corrían atropelladamente por toda la calle vacía. De repente, el caos se adueñó de un lugar que, de hecho, seguía vacío. Un tren apareció como surgido de la nada corriendo

como un demonio a pocos metros de la carretera. No hacía demasiado ruido, pero dejaba escapar un zumbido opresivo e inquietante. Como si formara parte de un estudiado plan, un enorme camión que escupía el humo hacia arriba emergió desde debajo del puente que el tren acababa de cruzar a toda velocidad. Todo un espectáculo sincronizado a la perfección, y solo para él. Álex dejó sus cosas de nuevo en el suelo y se colocó las gafas de sol, como si con ese gesto pudiera protegerse del creciente trueno que amenazaba con tragarse todo lo que encontrara a su paso. Conocía de sobra a los ocupantes del camión, al conductor y a los encargados de fajarse con los contenedores, dos tíos colgados con pericia de la parte trasera. Ninguno de ellos giró la cabeza para saludarle cuando pasaron a su lado. El camión no tardó nada en desaparecer. Ni siquiera quiso pararse ante el único contenedor que descansaba, repleto y hastiado, al final de aquella misma acera. El ruido del motor, agotado después de su enorme demostración, también desapareció con una facilidad extraordinaria. Vísperas de mucho, días de nada.

Todo tiende a desvanecerse con verdadera rapidez después de que pasa a tu lado, y toda la espera, por larga y angustiosa que haya podido ser, acaba convertida en nada en un abrir y cerrar de ojos. Ya no cuenta. Solo el momento, por tanto, importa. Ni el antes ni el después. Y, sin embargo, Álex se deleitaba en los recuerdos. Le gustaba tumbarse sobre ellos y mecerse en su compañía durante un buen rato. A Libe no. A ella el pasado no le hacía perder ni un solo segundo de su vida. No importaba que fuera o no un recuerdo agradable, imborrable, imprescindible. Libe decía que un buen recuerdo valía exactamente lo mismo que uno malo. Muy poco en ambos casos. Ella se despojaba de todos ellos como de la ropa sucia al acabar el día. *No se puede vivir arrastrando*

los recuerdos, Álex. Algún día te darás cuenta. Ese día ya había llegado. Álex sabía que ella entonces hablaba, sobre todo, de su madre. Del recuerdo vacío de su madre, mejor dicho; solo que quería hacerlo sin llegar a hacerlo. Era un tema prohibido. Quizá el único que ella prohibía. Cerraba los ojos durante un par de interminables segundos, los apretaba con fuerza y después se echaba el flequillo hacia atrás. Ese gesto, mil veces repetido, significaba que el camino estaba cerrado en aquella dirección. No solo para Álex. Ella también lo utilizaba para sí misma cuando necesitaba barrer los rostros que se le colaban entre sus pensamientos de forma sigilosa, furtiva, tratando de pillarla desprevenida. Pero se levantaba con rapidez y corría a cerrar las pesadas cortinas de su memoria. Siempre en vano.

Álex se quitó las gafas, cerró los ojos y contó hasta diez, solo que lo hizo de forma atropellada, comiéndose los números para terminar lo antes posible, como cuando su madre le obligaba a santiguarse al salir de casa. No quería que nadie le pudiera ver haciéndolo. Se hubiera muerto de la vergüenza. Abrió los ojos satisfecho y se dirigió al portal, que estaba abierto de par en par. Una puerta de cristal entre dos tabiques también de cristal. El colmo de la insensatez para un portal. Dentro olía a jabón industrial. Quemaba en la nariz. El picor le subía hasta los ojos y se arrastraba por su garganta. El suelo estaba húmedo y resbaladizo, pero no se oía ningún ruido por las escaleras. Habrían dejado la puerta abierta al terminar para que se secara bien el fregado. Álex la cerró tras de sí y se decidió por las escaleras. Su piso era el segundo, aunque en realidad eran tres contando el bajo, pero él prefería evitar el ascensor siempre que era posible. No le hacían demasiada gracia los ascensores, si bien no era de los que tenían una razón especial para ello. Simplemente no le gustaban. Solo para casos de necesidad y aquel, evidentemente, no era uno

de esos. Todo lo que tenía para subir cabía en la bolsa de deporte que llevaba en la mano.

Las escaleras, al contrario que el portal, estaban demasiado oscuras. Nadie hace ya ventanas en las escaleras de los edificios. En el primer descansillo descubrió una pequeña luz de emergencia iluminando una flecha que indicaba la salida. Al menos el olor iba desapareciendo a medida que subía. Hubiera apostado a que, después del primero, ya no las habían limpiado. Probablemente porque a partir de ese piso nadie utilizaba las escaleras. Buscó algún interruptor. Tenía que haber más luz allí, a la fuerza, pero no se atrevió a pulsar ninguno. Podrían ser timbres, no estaba seguro. Siguió subiendo. Una pequeña claridad empezó a adivinarse más arriba. Llegaba de una claraboya situada en el techo, justo encima del descansillo del último piso, el suyo. Sin detenerse buscó a tientas las llaves en el bolsillo trasero de su pantalón. Tropezó con un escalón. Se apoyó a tiempo y no llegó a caerse, pero se llevó un buen golpe en la rodilla por evitarlo. Las llaves sí que terminaron en el suelo. Se agachó para recogerlas sintiendo que también le dolía la muñeca. Cuando se hizo con ellas se incorporó para terminar de subir el último tramo. Dio dos pasos, levantó la cabeza y se encontró, frente a frente, con una niña sentada en las escaleras.

Álex se sobresaltó. La niña también, aunque ya tenía que saber que alguien estaba subiendo por las escaleras. Al menos debió sentir el ruido de las llaves al caer al suelo. Sin embargo, dio un respingo al encontrarse con Álex cara a cara. No duró mucho la sorpresa. Enseguida se recuperó y le sonrió abiertamente, aunque no hizo el menor ademán de apartarse. Siguió a sus anchas, sentada exactamente en el mismo medio de las escaleras. Álex se detuvo y dejó, de nuevo, su bolsa de deporte en el suelo.

–¿Quién eres? –preguntó ella.

–¿Te he asustado?

–Yo he preguntado primero. Es de mala educación responder a una pregunta con otra pregunta, ¿sabes?

–Vivo aquí –contestó Álex– o, al menos, eso creo.

La niña respondió a las palabras de Álex apretando el morro con incredulidad. Llevaba una larga coleta trenzada que cambió de hombro con un gracioso movimiento de cabeza.

–¿En el piso vacío?

–Supongo.

Álex agitó el par de llaves como un sonajero inútil e hizo ademán de terminar de subir lo que le quedaba. Quiso que aquel resultara un gesto amable, pero en seguida tuvo la sensación de que era como si estuviera pidiendo permiso. Como si se viera obligado a demostrar que, efectivamente, era verdad todo lo que estaba diciendo.

–Nunca ha vivido nadie en esa casa.

La niña recogió los pies y se apartó hasta pegar su espalda contra la pared.

–He estado fuera durante bastante tiempo –contestó Álex–, pero ya he regresado.

Álex pasó a su lado y la niña volvió a ocupar su sitio en el centro de las escaleras. Rebuscó en su abrigo, que le sobraba por todas partes, hasta que dio con el móvil. Lo encendió y se perdió rápidamente entre pantallas. Álex, sin embargo, estaba seguro de que le seguía vigilando.

–Todavía no me has dicho qué haces ahí sentada en las escaleras…

–Es porque no me lo has preguntado –respondió ella–. Me has preguntado si me he asustado, por si no te acuerdas bien, y la respuesta es no. No me he asustado, ¿lo pillas?

–Me alegro, de veras. No me gustaría empezar con mal pie ahora que vamos a ser vecinos.

La niña se giró y miró a Álex con verdadera curiosidad, como si de repente hubiera caído en la cuenta de que, aunque nadie la hubiera avisado, seguramente iba a tener que ver a aquel tipo merodeando por sus escaleras casi todos los días. Y eso sí que era una auténtica novedad.

–Espero a mi madre.

–¿Perdona?

–Que estoy aquí sentada esperando a mi madre –la niña volvió a su teléfono–. Eso es lo que me has preguntado, ¿verdad?

–Desde luego –Álex no pudo evitar que se le escapara una pequeña carcajada–. ¿No tienes llaves?

–Me las he dejado en casa.

–Vaya por Dios.

–Me pasa continuamente. Se me olvidan de todas, todas.

–En eso nos parecemos –dijo Álex–. Yo también soy bastante despistado.

–Qué gracioso eres.

–Lo digo muy en serio, no es ninguna broma. No recuerdo ni las veces que me he dejado las llaves dentro de casa. Hasta por la ventana he tenido que entrar en alguna ocasión.

–Sería en otra casa, no en esta.

–Claro. Desde luego. En esta sería imposible. No hay balcones, ni repisas. No hay por dónde trepar.

–Mi madre dice que se me pasará cuando sea mayor, que ahora tengo la cabeza llena de pájaros.

–Es posible –Álex giró la llave y abrió finalmente la puerta–, pero te advierto que conmigo no ha funcionado. Para nada, te lo puedo asegurar.

La niña sonrió. A Álex se le pasó por la cabeza que a lo mejor debía ofrecerle que siguiera esperando dentro de su casa, pero algo le avisó de que aquella no era, probablemente, una buena idea.

–Espero que tu madre no tarde mucho. ¿Está trabajando?

–Claro, ¿dónde iba a estar, si no?

Un fuerte olor a cerrado escapó desde dentro de la vivienda que Álex acababa de abrir e inundó con rapidez el rellano y las escaleras. La niña se puso en pie de un salto y comenzó a hacer aspavientos moviendo exageradamente los brazos.

–¡Vaya peste! Parece que tengas un gato muerto ahí dentro.

–Huele a cerrado, solo es eso. No hay nada muerto aquí dentro.

Álex metió la bolsa dentro de la casa empujándola con el pie y se volvió hacia la niña, que había dejado de taparse las narices para volver a ocupar de nuevo su sitio en la escalera.

–¿No tienes miedo de estar ahí tú sola?

–Miedo… ¿de qué? Por aquí nunca viene nadie.

–Yo acabo de llegar.

–Y después de ti, ¿tiene que venir alguien más?

–No. Solo yo.

–¿Lo ves?

Ella tenía toda la razón. Álex le devolvió una última sonrisa y entró, por fin, en su casa. Cerró la puerta con suavidad, intentando hacer muy poco ruido, como si no quisiera que se notara que había cerrado. Dentro, la oscuridad se adueñó del pequeño pasillo. Álex se agachó para recoger su bolsa, que acariciaba con el pie. En ese momento vio cómo una silenciosa sombra se situaba descuidadamente ante el hilillo de luz que se colaba por debajo de la puerta. Se incorporó y abrió de golpe.

–¿Me has dicho cómo te llamas? –sonrió a la niña.

–No me lo has preguntado.

–Bien –Álex asintió. Era la segunda vez–. ¿Cómo te llamas?

–Me llamo Anita.

–Encantado, Anita. Yo soy Álex.

A Anita se le escapaba la risa a borbotones por entre los dedos con los que intentaba taparse la boca. Álex le ofrecía su mano con toda la ceremonia que exigía el momento. Después, intentó ponerse seria ella también y se la estrechó con fuerza, como se debía hacer. Se le había olvidado ya el mal rato que había pasado al ser pillada *in fraganti* intentando escuchar a través de la puerta. Eso si en algún momento se había sentido, en realidad, avergonzada. Álex apretó un poco más antes de soltarla y después volvió al interior de su vivienda.

–Cualquier cosa que necesites, ya sabes –señaló el timbre–. Llamas y me lo dices. ¿De acuerdo?

–De acuerdo.

Álex cerró de nuevo la puerta. Palpó la pared y encontró un interruptor muy cerca de la entrada. No sirvió de nada. Recordaba que, un poco más adelante, a la derecha del pasillo, había una puerta que daba a lo que debía ser la sala. Avanzó a tientas, con la mano pegada a la pared, hasta que encontró esa puerta. Giró en ángulo recto y siguió adelante. Cuatro pasos después, su mano dio con el frío cristal. La correa de la persiana también estaba allí mismo, al final de la ventana. La subió y la luz se apoderó de la estancia. Le resultó muy sencillo. No había allí absolutamente nada que se lo pudiera impedir. Álex volvió al pasillo. A la izquierda estaba la cocina y a continuación el baño. Al final, dos dormitorios; uno a cada lado. Subió todas las persianas que encontró y después abrió las ventanas, una por una, intentando llenar aquel pequeño rectángulo con toda la corriente que pudiera lograr.

Tenía que obligar a huir el aire viciado que durante años se había creído dueño y señor de la casa. En la cocina encontró el cuadro eléctrico. Todos los interruptores estaban bajados. Los volvió a conectar y comprobó que las luces funcionaban perfectamente. También la nevera, impúdica con la puerta abierta de par en par, encendió una luz y comenzó a enfriar sus baldas vacías. Álex la cerró y salió de nuevo al pasillo. La tarima, cubierta de una fina capa de polvo, se había agrietado visiblemente en algunas zonas. En otras muchas también se había levantado. Las paredes, blancas desde el primer día, habían sin embargo perdido todo su brillo por culpa de la humedad. Los cristales de las ventanas tampoco parecían capaces de recuperar su transparencia. Pasó un dedo por encima de uno de ellos y dejó una marca tan clara y acusadora como las que hacían los niños sobre los coches sucios aparcados en la calle. Se imaginó a sí mismo escribiendo frases groseras sobre sus propias ventanas y dejó escapar una pequeña sonrisa de crío travieso. Allí había mucho trabajo. Más del que se hacía evidente a simple vista. Las casas no solo son paredes y muebles para vestirlas. También son personas. La idea no le asustó. Le costaba creer que hubiera podido llegar tan lejos, pero no era suficiente. Debía continuar. Álex comenzó a recorrer el lugar lentamente, marcando el perímetro como haría un lobo con sus dominios y estudiando cada esquina, cada recodo. La frontera que marcaba la puerta de la calle quedaba ya muy atrás. Tardaría tiempo en dejar de sentir que todo aquello era territorio desconocido, inexplorado, pero lo haría.

Nadie se había decidido a comprar aquel piso durante el tiempo que estuvo a la venta, que solo fue un poco más de lo razonable. Hubo muy pocas visitas, de hecho. Se contaron con los dedos de una mano. Ninguna de ellas mostró verdadero

interés. Algunos ni preguntaron por el precio. Era extraño. A alguien entonces se le ocurrió decir que comprar aquella casa tendría que dar mala suerte. A la fuerza. Después de eso ya no apareció nadie más por allí. En la inmobiliaria acabaron por olvidarse de una venta que parecía gafada. Metieron las llaves en un cajón y siguieron con otras cosas más productivas.

Libe repetía que quería mudarse al piso y empezar una nueva vida. Los dos juntos en un nuevo hogar, el suyo. Así de bonito y romántico. Pero no acababa de encontrar el momento adecuado para hacerlo. Siempre sería a la semana siguiente, solo que esa semana también terminaba por complicarse de tal forma que se veía obligada a dejarlo para la próxima. Y así sucesivamente. Álex no quería presionarla. No era una buena idea, y eso por varias razones. La primera, y más importante, era la que decía que con Libe no valían las presiones. Al contrario: eran totalmente contraproducentes. La segunda era que Álex creía firmemente en que las cosas sucedían cuando debían suceder. Ni antes ni después. Y, llegados al extremo, si no tenía que ser, no sería. Además, tampoco tenían una prisa especial. Tenían la suerte de poder estar juntos cada vez que quisieran. Ese no era un problema. Seguirían conservando su alquiler hasta que llegara el momento. Álex estaba, de hecho, muy cómodo en la buhardilla, rodeado de sus obras esparcidas por el suelo, apoyadas contra todas y cada una de las paredes de aquel museo en miniatura. Y ella también disfrutaba allí, acurrucada a su lado, sin importarle lo más mínimo escuchar las continuas amenazas de su padre, quien sabía perfectamente dónde se metía su hija pequeña cuando cada fin de semana desaparecía de casa.

En la sala, bajo la ventana que daba al portal y a la carretera, Álex encontró restos de la ceniza de un cigarro. Los pisó y los esparció con el pie. Volvió a la cocina. Al lado del

grifo descubrió dos colillas. Eran de tabaco rubio y alguien las había apagado restregándolas a conciencia contra el fondo del fregadero. Las manchas eran aún bien visibles, aunque debían tener bastante tiempo. Álex buscó con qué limpiarlas. En el hueco bajo el mismo fregadero, donde los desagües aparecían desnudos antes de perderse dentro de la pared, se hizo con un trapo que conservaba restos de lo que podía ser yeso o algún tipo de pasta o silicona. Abrió el grifo, pero no había agua. Solo salió de allí un ruido grosero. Volvió a mirar debajo hasta que dio con la llave de paso. Mojó el trapo, lo aclaró y borró las manchas de ceniza con él. Necesitaba hacerlo. No era capaz de comprender por qué le causaba tanta inquietud ver allí aquellas marcas, desafiantes e indiferentes al paso del tiempo. Cuando terminó con el pozo decidió seguir pasando el mismo trapo por la encimera, pero pronto descubrió que no hacía otra cosa que esparcir la suciedad de un lado a otro. De momento, poco podía hacer. Necesitaba algo más que agua.

Tenía hambre. No había comido nada desde la noche anterior. Solo un par de chocolatinas de una máquina expendedora cuando llegó a la estación de Hendaia. Después, tuvo que esperar hasta la mañana siguiente para coger un tren a San Sebastián y, desde allí, un autobús a Bilbao. Lo más sencillo, pensó, sería bajar de nuevo al bar. Eso solucionaría las cosas hasta que empezara a manejarse con más soltura. Incluso se atrevió a pensar en la posibilidad de cocinar. Al fin y al cabo, tenía una nevera nueva que llenar y una cocina sin estrenar. Recogió sus llaves y de inmediato pensó en Anita. A lo mejor aún seguía sentada en las escaleras, esperando a su madre. Si así era, le diría que le acompañara y que se tomara un refresco. No podía haber nada malo en que la invitara a un refresco. Eran vecinos, al fin y al cabo.